

Emilio Henriot

Don Juan o la Vida Vengadora

(Trad. para *Atenea*)

UIRSO de Molina, Molière, Byron, Mérimée y todos los que hasta aquí se han ocupado en Don Juan, el inmortal seductor de Elvira, me parecen haberse cuidado generalmente más de la moral que de la verdad: después de haber descrito su vida de escándalos y de crímenes, han creído deber colocar su obra con un gran ejemplo, y, para hacerla más conmovedora, le agregaron, como última pincelada del retrato y del drama, unos, un castigo espantable, otros, un arrepentimiento demasiado fácil. «He aquí, pecadores, lo que os espera», parecen advertir al lector ligero estos moralistas intransigentes, mostrándoles al monstruo encantador que el Comendador castiga o que, espantado por la idea de la muerte próxima, se convierte *in extremis* para asegurar, por algunos días de apresurada contrición, su eterna bienaventuranza.

Es esto, a mi parecer, si no incurrir en una falta de psicología pues la composición del Don Juan literario no está exenta de ella, a lo menos subordinar en exceso a la necesidad de edificación, una pintura más humana de la vida; en todo caso, romper inútilmente la continuidad del carácter, más constante de lo que logra suponerse en un héroe tan locamente desinteresado. La experiencia nos demuestra, en efecto, que no siempre son los forajidos quienes vienen a ser castigados en el último acto,

en razón de que, tan dramática como pueda serlo, la vida jamás está reglada como una tragedia clásica. Aun el desenlace no es siempre inmediato en ella, y su drama nada tiene de teatral: es una tragedia que continúa.

Tal es la razón porque deseo referir aquí el verdadero castigo de Don Juan.

No es exacto que el Comendador, a la hora de la cena fatal, haya tocado con su mano helada la mano del héroe. Tenía, ciertamente, la intención de hacerlo; pero no lo hizo, porque este Comendador era sensible a la braveza, y viendo a Don Juan cómo le miraba sin temblar, a pesar de su temible apariencia y de oportunidad tan solemne, en el momento en que iba a anonadarle, sintió despertarse en él súbitamente cierta consideración hacia este hombre realmente valeroso.

Como el hermoso don Juan continuara observando al Comendador con su fuerte mirada inalterable, con una ligera sonrisa en los labios, con ese aire atento del hombre habituado a las cosas extrañas, a la estatua de piedra le dijo:

—Don Juan, eres valiente, pero ¿me estrecharías la mano?

—No puedo, replicó Don Juan, rehusar con decencia la mano de un gentilhomme con quien tuve el honor de cruzar mi espada y a quien tuve el sentimiento de matar, si os acordáis, en un combate por demás leal.

Dijo estas palabras con entonación muy cortés, cuya amabilidad no hacía, sin embargo, sino subrayar aún con mayor delicadeza la tranquila ironía. Aun mantenía extendida su hermosa mano.

—Soy yo quien ha de evitártelo, dijo lentamente el Comendador, manteniendo los brazos cruzados y sin extender la mano hacia la de su adversario. Estaba encargado de castigarte y de vengar tu odiosa perversidad; pero tengo la libertad de escoger mi venganza. Vive, pues. Sin embargo, no te consideres absuelto; vive sólo hasta la vejez; tú mismo serás quien ha de castigarte.

Y ahora fué al Comendador a quien tocó sonreír. Después desapareció sin dejar rastro, como fantasma que era. Don Juan,

sobrecogido un momento, se pasó las manos por los ojos, como para arrancar la imagen importuna de un sueño, y alzó imperceptiblemente las espaldas, con el gesto que le era habitual.

En seguida, como no tuviera hambre y no estuviera en ánimo para cenar solo, despreciando la merienda que había hecho preparar para el hombre de piedra, fué a buscar a Zerlina, que le esperaba como todas las tardes, desde hacía diez años, los mismos que la tenía abandonada a sus remordimientos; y se presentó ante ella como si acabara de abandonarla la víspera.

Fué, por lo demás, muy bien recibido, no sin algunas lágrimas apasionadas, que agregaron mayor placer al encuentro. Zerlina era de esos seres ingenuos que fundan la felicidad en no experimentar cambio alguno y en permanecer eternamente fieles a un ideal de perfección que se forjaron de una vez para siempre, por lo demás, sin saber acaso si su fidelidad no es sino la prueba de su ineptitud para crearse otros. Formaba parte del ideal de Zerlina el permanecer inmutablemente semejante a sí misma; tal es la razón porque pareció a Don Juan que esta persona tan constante era la más vana. La vida, deslizándose, parecía no haberla tocado, y esta primera impresión fué agradable a su amante: al contacto de un corazón tan fiel, se sintió rejuvenecido y vuelto tal como era por los años ya lejanos de su primer amor por Zerlina. Sin embargo, por una inclinación natural a la joven cuya sensibilidad hallaba delicioso recorrer paso a paso el mismo camino con minuciosa exactitud y recordar ardorosamente, a cualquier propósito, expuesta al peligro de parecer enfadosa recordándole historias que tenía él enteramente olvidadas, comenzó Don Juan a advertir que Zerlina era moda pasada, que nada había aprendido después que él dejó de amarla, y que si se prestaba con tan amable facilidad a todas las fantasías de su nueva ternura, no acariciaba entre sus brazos sino el recuerdo del hombre que antes conociera y que él no era ya. Se produjo muy pronto en Don Juan el extraño sentimiento de que Zerlina le era en cierta manera infiel con él mismo; y cansado de tales complicaciones, poco inquieto, por lo demás, por desentrañar con cuál de estos dos

Don Juanes se forjaba Zerlina la delicada ilusión de engañar al otro, dejó en el acto de verla, definitivamente ahora, y sin esperanza alguna de volver.

No era tal vez Don Juan un hombre muy moral; pero es difícil negar que fuera extremadamente inteligente. Su ingenio, en los buenos tiempos de su carrera, le inclinó siempre a buscar en la experiencia inmediata un sentimiento de que pudiera aprovechar ocasionalmente, en el ejercicio cotidiano del culto de su felicidad personal, al que, desde la adolescencia, había consagrado su vida y sus andanzas. Este retorno desgraciado para Zerlina le disuadió de exponerse por más tiempo a dejarse llevar por el placer de seducir a sus antiguas conquistas; esta especie de vueltas sobre sí mismo no le eran de provecho; confusamente se daba cuenta de ello. Por otra parte, los últimos escándalos de su vida, sus duelos, sus frases hirientes, sus éxitos, su tono de perpetua mofa y su impía bravata con el Comendador, doblemente irrespetuosa, pues ya no se trataba de un vivo, sino de un muerto, y muerto por él, habían terminado por fatigar notablemente a la opinión pública en lo que a él tocaba. Concibió que la vida tal como creía que debiera continuar la suya, luego llegaría a serle imposible en España, y tomó el partido de visitar otros países.

Entonces fué cuando pasó a Francia, de cuyas mujeres quedó desde luego grandemente satisfecho; las halló diferentes a las españolas y de un carácter mejor dispuesto a armonizar con el suyo. Vió en algunas de ellas una disposición notable para distinguir con gran sutileza los menesteres del placer y los del sentimiento, a quienes se podía ofrecer o solicitar el uno sin el otro y que no se perturbaban mezclando el corazón en exigencias que no lograría satisfacer. La facilidad con que ellas respondían a sus deseos, sin que él estuviera obligado siquiera a probarles que los sentía, le pareció una excitante novedad. A una gran actividad del placer, a su espíritu de inventiva para provocarlo, unían ellas, por una total indiferencia, en el fondo sin duda más aparente que real, sobre el valor del bien ofrecido, el ejercicio de una libertad natural y una rara facilidad de expresión, que

tornaba fina y delicada la conversación con ellas en los difíciles momentos que siguen al amor exento de ternura.

Fascinado quedó Don Juan al descubrir este nuevo aspecto: estas francesas le parecían realmente de su gusto; le agradaba pensar que las encontraba amables porque en el fondo se le parecían, y porque, como él, no buscaban sino el placer. Este pensamiento, que en un principio le arrebató, no tardó en envenenar la fuente del placer que en ellas tomaba. Reflexionó entonces que no le agradaría jugar al ajedrez con un adversario en cuyo pensamiento pudiera leer como en un libro abierto, y que la partida aparecería para él enteramente privada de interés desde el instante en que ya no ofreciera nada de imprevisto.

Buscó entonces, entre las francesas, una mujer capaz de experimentar esos hermosos y complicados sentimientos que un tiempo tuvo la fortuna de sorprender en Doña Ana, y cuya gracia reflexiva, discreción y severa belleza llegaran a unirse a un vivo ardor sensual y a la pasión española.

Creyó encontrar lo que esperaba junto a la mujer de un consejero del Parlamento de Borgoña, joven, bien formada, de mucho ingenio y carácter, y cuya mirada prometía, en su contenido fuego, esa felicidad patética y durable de que tanto tiempo estuvo privado. La vió por primera vez en la iglesia; y de su piedad dedujo un argumento favorable a la idea que desde el primer instante se forjara respecto a ella. La conoció; fué recibido en su casa; encontró en ella compañía escogida, los más refinados modales, el tono muy libre, aunque elevado siempre; y cuando juzgó llegado el momento conveniente, comenzó a hacerla la corte conforme a las reglas establecidas.

Pienso que es inútil extenderse acerca de la ciencia de Don Juan en estas materias y de su dominio en toda clase de entretenimientos, regalos, comidas, partidas de caza, relatos, lecturas, espectáculos y encantadoras sesiones de música, en que él no desdeñaba unir, atendiendo siempre a un fin de utilidad, el concurso oficioso al atractivo de su mérito personal: es verdad que este guapo caballero poseía a fondo el arte ingenioso de seducir sin dárse apariencias de seductor, y sabía cómo es

necesario agradecer aun antes de haber dejado sospechar que se lo deseaba.

Naturalmente, no ignoraba que cada corazón tiene su apropiado camino, que sólo a él conduce; y aun tan desviado como pudiera estarlo, poseía el mágico don de discernir muy pronto el camino del corazón que debía ganar. Fué así cómo llegó a hacerse amable a la consejera y cómo adelantó rápidamente sus propósitos respecto a ella, en tiempo más escaso que el que se había fijado.

La consejera era joven, adornada de raro ingenio y muy honesta. La reputación de Don Juan, que aun la literatura no había hecho resonar por todas partes, no había llegado a sus oídos: podría asegurarse que si hubiera sabido qué peligroso seductor reparaba en ella, esta mujer prudente lo habría mirado con desconfianza, y tal vez no hubiera tenido para tal personaje una acogida tan favorable. Tales fueron las razones, que la dejaron sorprendida cuando Don Juan, juzgando oportuno el momento, descubrió bruscamente sus baterías y libró valientemente el asalto.

La consejera le agradeció con mucha fineza y confusión el no haberla considerado indigna de inspirar tan vivo interés a un hombre como él, lleno de mérito y virtudes. Se confesó sensible a sus promesas, en que nada veía que no fuera honroso para ella; pero tenía el pesar de no poder compensarle en manera alguna, por una sola razón, que a él podía parecerle ridícula, lo que no impedía que fuera igualmente poderosa: y era que ella estaba locamente enamorada, y de su marido,

Aquella misma noche, Don Juan tomó el camino de Italia.

• • •

De Italia pasó a Grecia, y de allí, a tierras de turcos; visitó diversos bazares de Oriente: atravesó una parte de la China; se detuvo entre los moscovitas; volvió por Alemania y los países del Norte.

No tengo el propósito de consignar aquí el detalle de sus

aventuras y las circunstancias que las hicieron pintorescas o trágicas. A pesar de la diversidad de tierras, de lo extraño de los sucesos y lo amable de sus relaciones, facilitadas por la bolsa repleta y la audacia del héroe, el único punto digno de memoria en todos estos viajes es que el señor Don Juan no obtuvo de ellos sino la impresión de un largo y monótono fastidio, porque, aunque renovara el personal de sus experiencias y los paisajes que las decoraban, su curiosidad no se renovaba ya.

Así conoció inglesas pasivas, alemanas glotonas, orientales resignadas. Tuvo gran número de mujeres, y la lista se alargaba siempre. Unas mezclaban el amor a la vanidad, pero cesaba de preocuparlas desde que se veían libres de testigos que admiraran su triunfo, sin rivales a quienes desesperar o humillar. Otras no buscaban sino la distracción de la intriga. Algunas amaban verdaderamente, con toda el alma; pero en ellas la voluptuosidad resultaba harlo mediana; lo que ante todo en su amante las interesaba era el pretexto de amar; no estaban enamoradas sino del amor. Otras, por fin, dotadas de sentidos más exigentes, no mezclaban ninguna delicadeza al placer de satisfacerlos. Con éstas, el único placer posible era un placer mudo, inmediatamente seguido de la indiferencia. Las había que se abandonaban cerrando los ojos y que gemían como palomas; cedían al placer y parecían encerrar un secreto en el fondo de sí mismas; pero al recobrase, ya no conservaban tal apariencia.

La mayor parte sólo pensaban en su propia dicha, y jamás en procurarla; muchas veces tuvo Don Juan la impresión de que, entre los brazos que le estrechaban, ocupaba el lugar de otro. Excitado por el desdén, nunca olvidaba, antes de despedirse, dejar entender que no se le había engañado. Como siempre acompañaba lo que decía con una sonrisa extremadamente fina, que escondía acaso con delicado pudor la herida de un corazón ensombrecido, adquirió una extraordinaria reputación de malignidad.

De tal suerte, arrastrado siempre por el sincero deseo de quedar enteramente subyugado —y no habría llegado a serlo sino por una criatura que hubiera comprendido que este hombre era

sobre todas las cosas un desgraciado a quien hubiera sido preciso consolar.—Don Juan no conoció jamás la suerte de ser condolido, y quiso la desgracia que, andando el tiempo, cobrara, también él, la costumbre de no tomar en cuenta sino su propio placer. Lo que le defendía de la depravación, lo que, tan libertino como hubiera llegado a ser, tan dotado de inventiva y del peligroso poder de imaginar, es el haberse dado cuenta muy pronto de que el círculo del placer es limitado y el placer, en sí mismo, corto; el haber comprendido que todo el atractivo del amor está más en el deseo que en el instante rápido que lo satisface; que el hombre mejor dotado para el amor puede alimentar con energía las ilusiones del apetito, acompañarlas de brillantes promesas, nutrir las de locas ambiciones; pero, que, a pesar de todo, las más vivas se extinguen demasiado pronto, en cuanto la naturaleza se siente harta; y llega a estarlo muy luego; y que el animal no está satisfecho sino a costa de inauditos engaños.

Los tiempos se habían consumado.

En sus agotadoras rebuscas, Don Juan advirtió por fin que le restaban más recuerdos que esperanzas. Pero sus recuerdos carecían de rostro. Había dejado de llevar su lista al día: no experimentaba ningún placer releýndola; la vanidad misma había llegado a serle totalmente indiferente. Es más; cuando lograba posar una mirada distraída por esos millares de nombres, quedaba desagradablemente sorprendido porque no lograba colocar frente a ellos sino el de un héroe, siempre el mismo: el suyo. Zerlina, Don Juan; Elvira, Don Juan; Doña Ana, Don Juan; Mariana, Don Juan; Clorinda, Don Juan; Violante, Don Juan; Julieta, Isabel, Clara, María, Antonia, Faustina, Eleonora, Don Juan, Don Juan, Don Juan, Don Juan... ¡Qué comedia tan poco variada! ¡Qué pobreza de comparsas! ¡Qué monotonía en esta obligada reducción de problemas a un denominador común único! ¡Un solo héroe para tantas heroínas! Uno solo, siempre el mismo. Tal idea, cuando se le venía a la cabeza, hacía bostezar a Don Juan irremediabilmente. Se hallaba siempre extremadamente uno mismo. El mismo y solo. Solo.

Se hallaba solo, en efecto. Sganarelle había muerto tiempo atrás. El pobre criado no representaba una compañía harlo apreciable; pero, en fin, a pesar de sus reconvenciones, sus quejas, sus fastidiosos consejos, era alguien con quien se podía hablar, un pretexto para oír el sonido de su propia voz. Muerto Sganarelle, Don Juan no habló ya. Se vió aún más solo. Entonces, arrastrado por una fuerza incierta, volvió a tomar el camino de España.

• • •

Cuando hubo puesto los pies en su suelo natal, en Sevilla, dudó del acierto de haber deseado ver nuevamente su patria. No se sentía inclinado a volver a su palacio: sabía que allí nada hallaría apropiado para distraerle. Se puso a caminar hacia adelante, al azar, el corazón vacío y el espíritu indiferente.

Era una suave noche de primavera, polvorienta y seca, llena de fragantes olores: el mismo aire polvoroso sentaba bien; Don Juan reparó en el poder de reconstrucción del perfume sobre la memoria. Esta sensación agradable le comunicó pronto una ligera alegría; decidió continuar vagando para no perder nada de este momento tan dichoso.

Su paseo le llevó hasta las murallas, desde donde la vista se extiende sobre la campiña sevillana, vaporosa y nítida. Cuando examinaba ese horizonte desnudo, que repentinamente volvía a encontrar intacto, vió una niña que permanecía sentada sobre el muro, dedicada gravemente a comer uvas, sosteniendo el racimo al extremo del brazo, por sobre ella; mordisqueaba además, como un cabritillo, vuelta la cabeza, alguna rama demasiado alta para ella, bajo los parrales.

A Don Juan le pareció hermoso el cuadro, y se aproximó, atraído por el juego de la muchachita. Más próxima, parecía menos niña: iba vestida de harapos vistosos y sórdidos; los brazos desnudos, macizos y de hermosas formas, El cuello extendido recortaba sobre el cielo puro una línea perfecta, de

medalla, y luego, la garganta, llena, no era la de una niña. Sus piernas sucias estaban también desnudas, sus musculosos pies cubiertos de polvo oscilaban en el vacío, sobre el suelo. Pero la muchachita no prestaba ninguna atención al caballero que la observaba sonriendo, parado delante de ella con las manos en las caderas. Sólo cuando hubo concluido con el racimo, volvió hacia él la cabeza, entornó los ojos y riendo, le arrojó la película de la última uva a la cara. La frescura del hollejo chupado azotó la sangre viva del hombre, y como la niña se hubiera sentado de un salto sobre las piernas, la cogió de ambos puños. Ella no volvía los ojos; no hizo ninguna resistencia ni mostró temor alguno.

—He aquí una pequeña desvergonzada, se dijo Don Juan, clavando la mirada en sus ojos.

Reteniéndola aún por las manos, la atrajo hacia él, para besarla en la cara, en cuanto bajara esos ojos tan claros, que lo ofendían. Sin embargo, como no los desviara todavía, decidió abrazarla. Entonces ella volvió bruscamente la cabeza, y los labios del hombre no lograron rozar sino un bucle de los cabellos mal anudados tras de la oreja. Don Juan, sorprendido, retrocedió para ver mejor el rostro joven y obstinado.

—¿No me quieres? ¿Por qué?

La pequeña movió la cabeza.

—¿No? Vamos, no seas tonta. Y por de pronto, ¿cómo te llamas?

—Excepción, respondió ella.

—Todo un programa, replicó riendo Don Juan. Pero ¿tú sabes bien quién soy yo?

Excepción levantó los hombros. Seguro de sí mismo. Don Juan lanzó el gran argumento.

—Me llaman Don Juan.

Probablemente la niña no había oído hablar jamás de tan grande hombre, pues el nombre no hizo sobre ella mayor efecto que el vuestro o el mío.

—Es singular, se dijo Don Juan. Esto no vale un comino, y me pone rabioso.

Permaneció unos instantes contemplando la figura infantil y audaz. Con los ojos clavados en él, ella, realmente, no tenía ningún temor. Su carne joven, que aparecía dura a la mirada, brillaba bajo la suciedad, como una flor en el estercolero. Don Juan se sintió mordido, en el fondo de sí mismo, por su demonio. Después, temblando un poco, del solo deseo, le dijo en voz baja.

—¿No te agrado yo?

Excepción le miraba tranquilamente.

—No, dijo por fin; eres demasiado viejo.

Don Juan soltó las dos manos y dejó escapar a la muchacha. Alejándose, restregaba uno contra otro sus puños doloridos y no volvió la cabeza.

Fué algunos días después cuando Don Juan encontró a Elvira.

• • •

No la reconoció de pronto. Sólo vió a la vuelta de una callejuela, una mujer envuelta en un largo manto, que caminaba delante de él, calzada con elegantes zuecos de plata. Seducido por la delgadez del tobillo, apresuró el paso; después, volviéndose enteramente, la miró a la cara, lanzando una exclamación.

Era una mujer vieja, amarillenta y arrugada, una mujer concluida, la que tenía ante sí. Pero en esta cara marchita los ojos se habían conservado exactamente iguales y era aún los ojos, los magníficos ojos de Elvira. Ante su fuego, que no había disminuído, Don Juan quedó suspenso. Un extraño sentimiento se animaba en él; y por primera vez en su vida, en pecado de cordedad delante de una mujer, no sabía qué decir. No pudo sino pronunciar su nombre.

—¡Elvira!

Elvira se puso a reír inmediatamente y sacudió la cabeza.

—¡Una sombra! ¡No es sino una sombra! decía, riendo siempre.

Y con la mano, como se aleja un mosquito de la cara, hacía el ademán de ahuyentar un fantasma.

—Una sombra no, Elvira; creedme, murmuraba humildemente Don Juan. Un hombre desgraciado y poco orgulloso de sí mismo, que vuelve a ti para siempre; Don Juan, el Don Juan vuestro, Elvira.

La anciana reía a más y mejor.

—¡Sombra, déjame! Estoy enamorada y tú pierdes tu tiempo. No te pareces a aquel que yo amo, y el que yo amo murió hace mil años. No, no; tú no eres Don Juan, sombra vil, ¡Don Juan era más hermoso que tú! Mira, y observa si te le pareces.

Y diciendo esto, tendió a Don Juan una miniatura que llevaba al cuello, al extremo de una cadena de oro. Don Juan miró el retrato; era el suyo, el mismo que entregara a Elvira en los tiempos de sus buenos amores. Se reconoció en él, joven y lleno de fuerzas. Revolviendo la miniatura entre sus dedos, vió que llevaba al reverso un pequeño espejo de plata; donde pudo comparar el aspecto de lo que había llegado a ser. Entonces recordó lo que le había dicho la niña en las murallas.

Elvira desapareció saltando sobre sus menudos zuecos de plata, balanceándose a derecha e izquierda, moviendo la cabeza y riendo siempre como una loca. Sólo en este momento comprendió Don Juan que estaba privada de razón.

Recordó entonces lo que ella había sido, y rememoró los grandes días perdidos. Se dijo con amargura que Elvira había tenido su corazón de veinte años, aquel que se da una vez y que nunca más podemos recobrar. Pensó que Elvira en medio de sus lágrimas le había permanecido fiel. Reconoció que había hecho mal a la única mujer que lo amara verdaderamente; y su corazón se apretó dolorosamente ante la idea de que antes de su demencia, Elvira debió juzgarle, y que aquella vez fué ante sus ojos menos hermoso de lo que un día deseara serlo. Se dijo que el mayor crimen es haber engañado a quien nos ama, y que él había malgastado su vida. Terminó por concluir que el sentimiento de una vida perdida era el verdadero castigo que un hombre debía merecer por sus faltas, y su pensamiento voló hacia Elvira: «Por sobre los mares, bajo el cielo, en cualquier

extremo de la tierra adonde vaya, en cualquier lugar, Elvira; o bien muerto, más allá de la tumba, desde lo profundo de los infiernos o de los cielos, eternamente en mi corazón, de hoy para siempre, alimentaré mi desesperación con tu recuerdo, oh, tú, que fuiste la primera en amarme, tú, a quien siempre desconocí.

Desde aquel día, dudando de sí mismo, menos seguro que nunca de haber estado en la razón, hizo el recuento de todas sus locuras, y comprendió que de ellas nada había guardado que pudiera consolarle en la vejez. Y el remordimiento no le abandonó ya, y le torturó tanto más cuanto no creía en Dios ni en el diablo, y no tenía fe, ni norma, ni moral cuyo rigor pudiera socorrerlo en su desamparo. Sabía sólo que había hecho mal, pues ya no había suerte de paz en su corazón. Y no tenía un hijo a quien formar, para hacer de él un hombre diferente. Estaba tan desesperado, que concluyó por recordar las extrañas palabras del Comendador, en las que jamás había pensado: «Vive, pues; pero no te consideres absuelto».

Razón tenía el Comendador. Don Juan comprendió que habría valido más quedar aniquilado en lo más vivo de su juventud heroica, incrédula y loca, antes que haber dudado jamás de sí mismo.